

Páginas Inéditas de Joaquín Díaz Garcés

JORNADA DE PEREGRINACION

UNA vez que hubo cesado el gorjeo del pájaro, el poeta se alzó del espeso tejido de gramíneas donde se había ocultado para escuchar la música de la naturaleza. El ave, asustada, se fué de rama en rama, sacudiendo con sus alas que llovieron menuda

granizada de florecillas aromáticas. Nada pesaba en ese instante espiritual; los cuerpos no se sentían pegados a la tierra, los efluvios azules de un firmamento inmóvil bañaban todas las cosas con una luz balsámica de gloria serena y contemplativa; y la brisa, los aromas y los rumores, se confundían a tal punto que el oído, los labios y el olfato parecían palpitár juntos.

Saltó al sendero enarenado el muchacho pálido, de ojos soñadores sombríos y manos marfiladas de muerto. Nunca había sentido mayor paz en el cuerpo, jamás estremecimiento más intenso en el alma. Miró hacia todos lados porque le pareció imposible que no se encarnara en ese momento la Belleza. Era una hora de pureza, de iniciación, de comienzo; así debió ser aquella en que Eva, con su desnudo cuerpo de adolescente, corría contando a todas las cosas recién creadas las últimas palabras que traía del cielo.

Tan sutil, tan casto, tan inocente era el instante aquel, que el mozo rechazó con disgusto el recuerdo de los tiernos brazos que lo habían estrechado la noche anterior en espasmo de placer. El amor ciertamente debía estar más allá y producirse así: en ese silencio de misterio, sin aproximación de los cuerpos, como un puente entre la forma perfecta griega y el sentimiento ideal cristiano; pero eso no lo sabía el poeta que era pagano, esbelto Ganímedes, copero de los Dioses del Olimpo, tañedor de cítara y cincelador de sonetos.

El poeta creyó que enloquecía: apenas conocía el maravilloso poder femenino de la unión completa, cuando ya temía que esa unión no fuera principio de vida sino germen de muerte.

ECO Y NARCISO

El poeta trabaja en su soneto. Lo quiere tan perfecto y simple como una gota de agua irisada por

el sol o como una perla de Ceylán con orientes de luna. Trata de alcanzar la desnudez clásica, de medida, de ritmo, de integridad, en que nada falte ni nada sobre. Grado de armonía suprema que fatiga tanto al que produce como reposa al que lee. Acaba de descubrir en esa luz, en esa pureza, en ese silencio, el lenguaje que deben hablar sus versos y se penetra, para traducirlo, de toda la intensidad de su estilo.

Desde lejos un canto le llega en ondas, dejando notas prendidas, como plumas de aves nuevas, en los árboles, enredaderas y arbustos del camino. Es un himno de reclamo como el de las palomas amorosas, risueño, infantil, caliente como el rayo de sol que comienza a caer vertical. Es un llamado del mundo material, no voz de la inmortalidad, sino de la reproducción, la misma que ese momento se ha llevado a todas las aves a triscar y gorjear en la penumbra de los matorrales. ¿No fué eso también el coloquio juvenil de la noche anterior, cuyas voces están llamándolo y buscándolo por los bosques?

Y el poeta se aleja, rumoreando las palabras profundas que brotan de su alma; se aleja hasta que el canto ya no lo inquieta, hasta que ya no le recuerda nada. Se había tornado lloroso y plañidero, parecía casi un sollozo. Iba a ser un suspiro; ahora solamente el eco se extiende en moribundas ondas.

Y así anduvo errante, sin saber qué sed interior lo conducía. Llegó a un remanso de agua clara en que las mentas devolvían en helado aroma, la frescura agreste del sitio. Quiso entonces saciar la fiebre interior que lo devoraba y, tendido en la orilla, al acercar sus labios a la corriente, se quedó contemplando su faz adolescente y delicada, sus ojos encendidos, sus labios rojos.

Vivía en ese instante la leyenda mitológica: mientras Narciso contemplaba su imagen en la fuente Elícona, su amante desdeñada se había convertido en voz, en eco.

MELANCOLIA, CONSUELO

El poeta seguía su camino en un estado extraordinario de visión y de presentimiento; todo lo veía claro, el presente y el porvenir; era en ese momento superior a los demás hombres, un verdadero semidiós. Hay en la vida de esos momentos en que la beatitud de todo penetra el ser humano y le abre sus misterios; parece una invitación de la gracia, un sueño encantador y entusiasta. Los ojos llenos de lágrimas, el corazón rebosante de bondad, el pere-

Publicamos en esta página, el único trabajo literario que dejó inédito, al morir en 1921, el ilustre periodista don Joaquín Díaz Garcés. Devorado por la intensidad de su labor en la prensa diaria, no pudo aplicar en obras duraderas el talento literario de que quedan tan claras huellas en sus artículos humorísticos firmados con el seudónimo de Angel Pino. Las páginas que ahora ven la luz por vez primera, fueron escritas en los últimos meses de su vida, cuando ya enfermo y con su espíritu vuelto hacia pensamiento de otro orden, hacía una evolución interesante.



grino quería en ese momento estrechar en un solo abrazo a la humanidad entera.

Pero, de pronto, notó que su única manifestación de júbilo eran esas lágrimas. Su cuerpo rebosaba infinita melancolía, pero una melancolía desfallecida y dulcísima. Comprendió entonces que la melancolía no era ni la tristeza, ni la amargura, ni el desencanto. La hermana Melancolía es la más fiel y consoladora compañera del caminante. Es defensora de lo delicado e íntimo de la belleza, como la espina que guarda la rosa; es anhelo y nostalgia como el del niño que aun no sale de la cuna y ya mira hacia las estrellas.

La tarde es su hora, porque se llega al término del llano desolador de la certeza material y se entra en el sendero desconocido de la esperanza.

Sus poemas se van precisando: unos parecen máscaras de Dionisios

sonriente talladas en mármol pérfido; otros más cálidos y afiligranados, cálices de Benvenuto con engaste de esmeraldas; y, en fin, los rutilantes y atormentados, cimarras salpicadas de granates y esmaltes. Se desgranaban ya por el mundo y los exquisitos los recogían ávidamente para examinar su pulido perfecto y beber su música esotérica y enervante.

Pero, el cantor sigue ansioso, siempre envuelto en su capa de melancolía, y aunque no quiera oír nada del pasado, le llega el rumor de las cigarras griegas y de los besos breves de las costas azules del mar Mediterráneo. Pero ya el eco que venía saltando de monte en monte, se cansó de perseguirle. El poeta está solo. ¡Ni eco ni Narciso, sino el desterrado del brazo de la Melancolía!

VESTA, FUEGO

Como la tarde es fría, las espi-

gadoras han encendido una fogata en la orilla del camino. El mozo se ha paralizado con el embeleso de las llamas que se entrelazan Flores rojizas y mudables que se abren y se cierran, crecen y se extienden, sin fatigarse ni deshojarse. El hermano fuego viene del hogar y va al hogar. "¿Vienes?", le pregunta. Y se extingue.

Vesta, la serena y callada y noble Vesta, que cuida los lares y es la guardia de la virginidad de las doncellas, de la concordia de la familia y de la hospitalidad de los extranjeros, se le aparece; y de ella pasa a la contemplación de esa Hermana Ceniza, de quien dijo Francisco de Assis que era casta, residuo del fuego que ardió. Vesta, ceniza y sangre, trilogía, que en ese momento se substituye en su espíritu a Venus, fuego y amor.

¿Era fuego? ¿Soy ceniza? ¿Seré sangre? Nada ni nadie respondía a

sus voces; parecía que la tierra hubiera suspendido su vida y que los ángeles se marchaban con un dedo sobre los labios.

En ese momento venía a su encuentro por el camino otro poeta; sus manos pálidas se cruzaban sobre el pecho, una estrella de sangre lucía en su frente. Su túnica era blanca, su mirada melancólica y profunda, su andar mesurado y altivo. ¡Qué belleza la de ese joven pálido y misterioso, relicario de amor y hostia de recogimiento temeroso! ¡Qué multitud de ecos lo seguirían a su paso, no como a Narciso adorador de sí mismo, sino más bien como a Eros, símbolo de la juventud viril y perfecta!

¿QUO VADIS?

Pasó a su lado y le fijó los ojos muy tristes y muy hondos. El poeta se detuvo sin quererlo. Petrificado en el camino, parecía una estatua. Algo indecible ocurría, parecido a la muerte. Vió el camino bordeado de amapolas rojas; pero no eran las amapolas de los trigales, sino que éstas parecían de carne sangrando. El peregrino que había pasado iba haciendo nacer y abrirse esas corolas vivientes y dolorosas. No dejaba tras sí ni perlas, ni vasos cincelados, ni ecos, ni suspiros, sino un tan imperioso aliento de atracción, que el poeta contra su voluntad volvió hacia atrás y corrió para alcanzarle. La figura pequesimísima ya estaba lejos, penetraba por la puerta de una extraña construcción al fin del camino, y el errante se contentó con ir colocando los pasos sobre sus huellas.

Sin duda alguna había llegado a la comarca en que los espíritus viven fuera de las formas; en que la vida está más difundida y al desnudo. Ya no se parecía aquello a la Grecia; hacía todos lados los mirtos, laureles, y arrayanes iban trocándose en viñas doradas, en húmedas praderas, en tapices de helechos y flores como chisperia de oro; había desaparecido el mármol blanco y frío para mostrar la piedra gris, húmeda, musgosa casi vegetal.

LAS CAMPANAS LAMAN

El poeta se detuvo sobresaltado. ¿Volvía el eco a turbar la serenidad de su alma, el reposó casi letárgico de su cuerpo? No; no eran voces humanas ni divinas, sino intermedias entre las de la tierra y las del cielo, que rondaban por los campos agonizantes, como golondrinas que buscan alero. Unas parecían voces de niños, de mujeres otras y también las había de hombres; isócronas, acompasadas, graves. Aquellas

refan, las otras lloraban, las roncadas clamaban con desesperados lamentos. Esa debía ser tal vez, pensó el poeta, la hora en que los ángeles bajan de nube en nube, los brazos desnudos caídos a lo largo de sus túnicas plateadas, las manos tendidas horizontalmente aleteando como mariposas en sueños.

Ya había encontrado su poema, ya había saciado su sed; no serían sonetos las emanaciones de su alma, sino plegarias; vino escanciado en campanas de oro. El vino de su melancolía se iba a llenar de olor a incienso y a tomar irisaciones de sacrificio.

El poeta tras de las huellas trazadas en el camino, entró por la puerta del templo. Se apagaron los cirios que ardían. Dejaron de mecerse los incensarios. Todo quedó en silencio y entonces penetró un extraño orante al través de los cristales; un rayo de luna se arrojó en las gradas de mármol del altar. El errante, fatigado, cerró los ojos y se durmió. En ese sueño tan intenso, que parecía una muerte, un término, el joven creyó ver también a la figura blanca entrar al tabernáculo como una sombra. Al mismo tiempo sintió cada una de sus manos cogida por otra de mujer, tan pequeña y delicada, que temía oprimirla. Una de ellas era indudablemente la que en el mediodía de sol le había amado; la otra desconocida, le miraba con infinita calma.

Los cristales del templo pasaron sin gradaciones violentas de la luz plateada que parecía polvo de estrellas hasta la fosforescencia de la primera aurora. Sólo supo el joven que había llegado el nuevo día porque las puertas se abrieron y entraron los fieles. Los incensarios se batieron, los cirios florecieron de nuevo, y el sacerdote, recamado de oro y con el cáliz en las manos, subió al altar. El poeta sintió entonces que ya estaba todo reducido a cenizas. El corazón le palpó violentamente; el mundo dio vueltas aceleradas y una gran cruz de fuego se encendió en el tabernáculo. Avanzó hasta el altar, extendió balbuciente los labios, besó la hostia con anhelo supremo, y con la sublime agonía de lo infinito, comulgó con Dios. Juntó las manos para guardar la hostia blanca en el corazón, vió que todas las rodillas se doblaban y él mismo se desplomó.

Entonces, en esa brevísima hora del tránsito de la vida a la muerte, el peregrino vió que lo recogían las dos mujeres de su sueño, y comprendió que aquella a quien había creído vida era muerte y que, en cambio, la muerte era vida.